

colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

El demonio del arte

MAURICIO CARRERA





**LA GRAN NOVELA
NORTEAMERICANA**



Saul Bellow: el alma de la literatura

Bellow, el memorioso

-México... Estuve ahí en 1949 -recuerda Saul Bellow.

-¿En la ciudad de México?

-Y también en Cuernavaca, en Morelia...

-¿No uno de sus cuentos ocurre precisamente en Cuernavaca?

"Las memorias de Mosby", me parece.

-En Oaxaca... -puntualiza Bellow con una sonrisa.

El premio Nobel 1976, con su corbatita de moño, su traje de otra época, su sombrero entre las manos, sus bolsas bajo los ojos y sus ochenta y un años auestas, es un alarde de buena memoria y de precisión de datos y fechas. Antes ha dicho: "La última vez que estuve aquí en Seattle fue en 1951. Di una conferencia en la Universidad de Washington y me hospedé en el hotel Meany. Estuve acompañado en esa ocasión de Dylan Thomas, quien recién había llegado de Vancouver. Juntos recorrimos algunos bares. Lo hacíamos viajando en su formidable carro deportivo, que él manejaba a toda velocidad. Si hablábamos de literatura, podíamos ir parejos. Pero si de beber se trataba... Él era superior. Recuerdo que me llevó de regreso a mi hotel, abrió la puerta y me botó de su carro deportivo para que él pudiera seguir bebiendo por su cuenta. Ya sabemos a dónde lo condujo esa pasión por la bebida..."



Su manejo de datos y fechas hace pensar de inmediato en su última novela, *The Bellarosa Connection* (1989), donde el narrador, que posee una excelente memoria, dirige un instituto de nemotécnica. “La memoria es vida”, es su divisa. Un personaje capaz de recordarlo todo, y que gracias a esa habilidad ha hecho su fortuna y su negocio. Un memorioso que, sin llegar a los extremos de Funes, el de Borges, va hilando recuerdos para contarnos una historia insólita y estupenda: la del judío Harry Fonstein, salvado de los campos de exterminio de los nazis por las actividades clandestinas de un importante y mundano productor teatral de Broadway: Billy Rose (el Bellarosa del título).

-¿Existió en realidad Harry Fonstein?-le pregunto a Bellow.

-Escuché de él en una cena. Pero no sé si existió en realidad. La anécdota principal me pareció interesante, encajaba muy bien en ciertos conceptos e ideas que yo quería plasmar en una novela, y comencé a escribir sobre eso. La mayor parte, sin embargo, es inventada. ¿Qué corresponde a la realidad y qué a la fantasía? Es difícil decirlo. No solamente con Fonstein sino con otros personajes. Después de todo, ¿qué tan reales son las cosas en la realidad?

La Secta del Libro Intoxicante

The Bellarosa Connection es la última novela de Saul Bellow (Née Salomon Bellows, Canadá, 1913), tal y como *The Very Dark Trees* fue la primera. Una novela que terminó por incinerar y que trataba de un profesor sureño al que le cae un rayo y queda convertido en negro. Anécdota divertida -¿o trágica?- y magnífica. A esa novela le seguirían *Hombre en suspenso* (1944), *La víctima* (1947), *Las aventuras de Augie March* (1953), *Carpe Diem* (1956), *Henderson, el rey de la lluvia* (1959), el multifamoso y multivendido *Herzog* (1964) y doce libros más, que en su conjunto le darían tres National Book Award, un premio Pulitzer y el Nobel de Literatura, entre otras



muchas distinciones. Maestro del retrato literario, poseedor de un carisma intelectual en el que lo mismo están presentes la agudeza reflexiva que el talento creativo, en su obra se tratan temas fundamentales de la humanidad y de la sociedad de nuestro tiempo desde una perspectiva no exenta de ironía, de compasión, de crítica, y algo muy importante, de sentido del buen narrar. Es un escritor que piensa en sus lectores. Él mismo lo ha dicho: "Tengo un sentimiento muy simple acerca de esto cuando escribo. No me gusta hacerle perder su tiempo a la gente... Si no hubiera pensado que le estaba diciendo algo al alma de las personas, no hubiera escrito nada".

Un escritor al que le importa el alma del hombre y de la literatura. Afirma: "La ciencia moderna dice que la naturaleza no tiene alma. Los artistas en cambio deben decir que sí, que sí hay alma, aunque esto último no pueda probarse". Lo dice en una reciente conferencia en la que aborda de nueva cuenta una vieja preocupación suya: el desplazamiento de lo artístico por lo científico. Para Bellow la proliferación de teóricos de la literatura (en contraposición al escaso surgimiento de buenos escritores) le ha hecho un gran daño a la novela y al cuento. En sus años de formación (cuando pertenecía a la "Secta del Libro Intoxicante"), la literatura era una fuerza poderosa.

"Joyce vivía, Conrad vivía, Thomas Hardy vivía. John Dos Passos, Faulkner y Dreiser eran escritores por los que uno ahorra para comprar sus libros. Comprar *Paralelo 42* no era un sacrificio sino un privilegio. Uno tenía la fortuna de irlos leyendo conforme sus libros iban saliendo. Eran buenos tiempos para leer. Tenía una maestra que me decía: 'nunca comprenderás tu vida ni la de Estados Unidos si no lees a Balzac'". Para Bellow, sin embargo, esos buenos tiempos han pasado. Ya no hay el público literario de antes. "Esta nación le tiene miedo al intelecto" (tal y como también lo ha dicho en su más reciente



colección de ensayos *It All Adds Up: from the Dim Past to the Uncertain Future*). Se publican más libros, sí, pero ¿de qué calidad? Parte de la culpa, además del obvio descenso en la impartición de la enseñanza académica (“muchos de mis alumnos no saben en qué consistió la Revolución rusa o la Guerra Fría”, dice), está en la proliferación de modas teóricas (el postmodernismo, el deconstructivismo y demás etcéteras) que han tratado de establecer sus postulados haciendo del cuento y la novela espacios áridos y poco interesantes. Esto ha hecho malos escritores (o teóricos disfrazados de escritores, dice Bellow) y lectores consternados o aburridos. Lectores a los que hay que buscar hacer regresar y reconquistar (“Dios bendiga a los lectores, como decía John Cheever. No sé quienes sean, pero gracias. Cheever decía que sus lectores se escondían detrás de los arbustos de su casa para estar al pendiente de lo que él escribiera”). Regresar a los lectores, pero con buena literatura. Una literatura que obedezca los mandatos del artista y no los de la corriente científica de moda. “La ciencia pregunta: ¿qué es lo que se prueba con esto? Y el artista responde: el arte no prueba nada. Los novelistas dicen que hay mucho del ser humano que no está dicho por la ciencia”, señala el autor de *El diciembre del decano* (1982) y de *Más mueren de ataques al corazón* (1987), quien finaliza: “Los escritores no tienen por qué aceptar los postulados de la ciencia. La humanidad, después de todo, es un tema muy resbaladizo”.

Dos hombres de letras

Al término de la conferencia, a la que Bellow ha entrado poniéndose los lentes y de la que ha salido con el moño de la corbata deshecho, sobrevienen las preguntas. He aquí algunas:

—¿Qué opina del recientemente fallecido Ralph Ellison?



-Fue una de las personas más importantes que he conocido. A pesar de ser escritor de una sola novela, se trataba de un escritor de primera categoría. Comenzó a escribir en los cincuentas, antes del surgimiento de los movimientos civiles en los Estados Unidos. Su única obra, *El hombre invisible*, da cuenta del sentir de la comunidad negra en ese período. También vio la muy importante contribución de esa comunidad a la cultura norteamericana. Sabía que ésta no es la mejor de todas las sociedades pero que aquí nos había tocado vivir. No creía en ningún tipo de segregación. Ni de blanco contra negro ni de negro contra blanco. No se consideraba un escritor negro, de la misma manera como yo no me considero un escritor judío. Nos considerábamos norteamericanos. Norteamericanos con una gran pasión por la literatura. Él era un hombre de letras. Un hombre de letras que quería tocar la trompeta... Alguien que tuvo una trágica vida. Su segunda novela, de la que leí unos fragmentos, se destruyó en un incendio. Una pérdida de la que le costó recuperarse. Pero él insistió e insistió en la literatura. Al morir dejó una novela no sé si inconclusa pero como de mil cuartillas de extensión. ¿Qué se irá a hacer con ese material? No lo sé...

-¿Escritores menores de cuarenta años que admire?

-Algunos. Durante un buen tiempo se me reprochó que yo nunca me ocupaba de escritores jóvenes y por tal motivo me decidí a dar un curso en la Universidad de Boston sobre este tema. Escogí a escritores como Amis, autor de *Money*, a Janis Johnson, por cierto una muy notable escritora, autora de *The Resurrection of a Hung Man*, a Cormack Macarthy y a Siniavsky, entre otros. Mis alumnos estaban enojados. Tantas cosas horribles que se tratan en esas novelas, tantas cosas malas, tanta necrofilia... Me reprocharon que les había dado a leer estos libros como una forma de enseñarles por qué no me ocupaba yo de jóvenes escritores.

-¿Cómo escribe?



-Me levanto temprano, desayuno leyendo el *New York Times* y me pongo a escribir. Escribo a mano. Luego pongo el original sobre un atril, lo paso a máquina y corrijo lo que escribí. Mi mujer lo pasa después a la computadora, donde ya es más fácil hacer las correcciones que se necesiten.

Sobre la película de Jane Campion, *El piano*, opina que es uno de los filmes más confusos que jamás haya visto ("demasiado políticamente correcto", señala).

¿La Gran Novela Norteamericana?

En la recepción que sigue a la conferencia, Saul Bellow trata de llegar a la mesa de vinos y bocadillos pero es detenido por alguien que le pregunta:

-¿Existe La Gran Novela Norteamericana?

-Bueno, desde hace mucho tiempo se habla de eso. Una novela donde se pueda aprehender la totalidad de esta nación entre la portada y la contraportada de un libro. No sé si sea posible. No sé tampoco, de escribirse, si esa Gran Novela resulte leíble.

Bellow se dirige de nueva cuenta a la mesa, pero...

-De entre sus personajes, ¿cuál es su favorito?

Parece ese pasaje de *La tournée de Dios*, de Enrique Jardiel Poncela, donde Dios, que ha bajado a la tierra, se muere de ganas de tomar un vaso con agua, asediado y agotado como está por los millones de personas que le piden favores y milagros.

-Henderson, el rey de la lluvia.

El reportero, que escucha a un lado, está de acuerdo y recuerda a ese criador de puercos, con su vocecita interior que dice "quiero, quiero" y sus aventuras africanas, parodia de las novelas de Hemingway (Eugene Henderson, el protagonista, tiene en su nombre las mismas iniciales del autor de *Las nieves del Kilimanjaro*).

-¿Y de sus libros?



–Pienso que los dos últimos, *A Theft* (1989) y *The Bellarosa Connection* son los mejores. Ojalá y mis anteriores libros hubieran sido tan buenos como éstos. Pero, en fin, es el precio que uno paga por educarse... –Bellow responde con amabilidad y se despide con una sonrisa.

20 de abril de 1994

Paul Theroux: El Mago

Deberían prohibir el helado a medianoche

“A un escritor deberían preguntarle qué come”, propone el novelista Paul Theroux, autor entre muchas otras obras de *La costa de los mosquitos* (llevada al cine por Peter Weir, con Harrison Ford y el malogrado River Phoenix como protagonistas), y más recientemente, de *Millroy the Magician* (Random House, 1994). Una novela que Gore Vidal ha definido como “literalmente maravillosa”, V. S. Naipaul como una de las “más hechizantes invenciones de Theroux”, y Salman Rushdie como “una ambiciosa y capaz obra de ficción, que lo mismo es entretenida que perturbadora”. Una novela que aborda la vida de Millroy, un mago de feria que poco a poco se convierte en un predicador religioso que intenta cambiar los hábitos alimenticios de los norteamericanos. De ahí la obsesión actual de Paul Theroux con la comida:

–Acabo de conocer a una mujer gorda –dice–. Era todavía más gorda hace algunos meses. Pesaba doscientos cincuenta kilos. Ahora pesa ciento setenta. Bajó de peso tras someterse a una operación en la que le extirparon parte de los intestinos. La comida baja más rápido a donde tiene que bajar, por eso. La operación costó diecisiete mil dólares. Le pregunté por qué había



subido de peso y dijo: mi metabolismo. Luego reconoció: "cuando estoy nerviosa no puedo dormir. En lo único que pienso es en comer y en comer. A la medianoche abro el refrigerador y me acabo un litro y medio de helado. Yo solita". Mencionó más tarde los chocolates, los dulces y los pasteles. Me dijo: "creo que tengo que aprender lo que es y lo que no es bueno comer". ¡Eso, después de haber gastado una fortuna en dietas y haber pagado diecisiete mil dólares por cortarse los intestinos! La mujer tenía veintidós años y pesaba ciento setenta kilos. ¿No pudo preguntarse eso antes? ¿Nadie pudo decirle que un litro y medio de helado a medianoche no es exactamente lo más saludable que hay en el mundo? Me parece que, al igual que sucede en las cajetillas de cigarros o en las botellas de alcohol, en los envases de helado y en las envolturas de dulces o de chocolates deberían poner una advertencia: "Cuidado, este producto puede ser nocivo para su salud". O: "Comer litro y medio de helado todas las noches no es lo mejor que usted puede hacer para mantenerse sano..."

Así, hablando de comida, ha sido desde el principio:

Paul Theroux, nacido en Massachussets en 1941, autor de *Waldo*, su primera novela, aparecida en 1967, de varios libros de viajes ("viajar es un acto creativo", ha dicho), y de *Half Moon Street* (1984), interpretada en la pantalla cinematográfica por Michael Caine y Sigourney Weaver, da comienzo con una pregunta a la presentación de *Millroy The Magician*:

-¿Qué escritor del siglo pasado puso en boca de uno de sus personajes que no le gustaba comer carne, "ni siquiera la humana", y que prefería ser vegetariano?

-Una pista -pedimos.

-Ese escritor nació en Inglaterra...

Nadie sabe. "Es mujer", agrega Theroux. Luego da otra pista: "Su personaje tiene dos metros y diez centímetros de altura".

-¡Mary Shelley!- contesta alguien entre el público.



-Sí, Mary Shelley -acepta Theroux-. El personaje. El monstruo de Frankenstein, ¡que prefiere ser vegetariano!

La gente no come, pasta

Millroy el mago -Belteshazzar, "el maestro de todos los magos", como él mismo se anuncia a la entrada de la tienda que tiene en la feria del pueblo- es famoso por hacer cosas tales como que un elefante desaparezca en medio del escenario o convertir a una niña en un vaso de leche y bebérsela.

-¡Jeekers!- son sus palabras mágicas y el truco aparece (o desaparece).

Pero Millroy no es sólo un mago. Es un hombre bueno. Un hombre con un mensaje: uno es lo que come. Un mensaje que lo lleva a convertirse en predicador y a enseñar los beneficios de seguir las reglas de alimentación descritas en la Biblia.

-Millroy no come nada que tenga una cara o una madre- informa Theroux.

Se trata de un libro, dice, sobre el ejercicio de la fe y la comida, o sobre cómo un determinado régimen alimenticio nos puede brindar mayor salud y un mejor sentido religioso a nuestras vidas. Así, si García Márquez divide al mundo entre los que son estreñidos y los que no lo son, Theroux se atreve a ir un poco más lejos: "Cuando era regular podía ver la cara de Dios", es lo que dice. Un libro que es, después de todo, una enorme crítica a la sociedad norteamericana y su *fast-food* o sus alimentos basura. "Más que comer lo que hacemos es pastar, como señala un dietólogo".

Millroy no come carne, sólo una sopa hecha con lentejas, y ha reunido en *El Libro* las bondades alimenticias que predica en sus sermones: no comer nada que tenga garras, que se arrastre sobre su vientre o peces sin escamas... Tiene de su lado toda la tradición



judeo-cristiana, aderezada con sus propias ideas: ni café, ni té, ni chocolate, ni coca-cola. "Nadie bebe leche en *El Libro*, nadie come papas, nadie mastica chicle. ¿Y qué hay de malo con eso? La mayoría de lo que uno encuentra en los estantes del supermercado promedio es no sólo no-limpio en términos de las escrituras sino también en rigurosos términos médicos". Millroy muestra *El Libro* a sus seguidores y les dice: "Dejen que sea éste su libro de cocina. Serán saludables. Perderán el exceso de grasa. Crecerán fuertes. Vivirán con rectitud por doscientos años".

Millroy no ofrece el cielo pero sí el remedio a la constipación...
¡Jeekers!

De Fat Boy a los tiburones de Oceanía

¿Por qué un libro como *Millroy the Magician*?

-Porque quise escribir sobre un predicador que no fuera hipócrita. Todos los predicadores, tanto los reales como los que uno encuentra en la literatura desde Hawthorne hasta nuestros días, son personas que tienen un lado bueno y otro malo. Son hipócritas. Tienen algo que ocultar. Eso los vuelve un poco predecibles. Cuando no es el que se emborracha a escondidas de sus seguidores, es el que se acuesta con los niños del coro, o el que comete adulterio o el que se enriquece ilícitamente con el engaño de sus sermones. Yo no quería eso. Millroy no es hipócrita.

-¿Cuándo se le ocurrió la idea de escribirlo?

-En realidad, en dos momentos. Cuando terminé *La costa de los mosquitos* y mientras preparaba *The Happy Islands of Oceania* (1992).

Lo primero se entiende. Allie Fox, el protagonista de *La costa de los mosquitos*, es un egomaniaco inventor que "predica", por así decirlo, las bondades de la ciencia. Inventa Fat Boy, una gran caja que produce hielo en medio de la selva. La ciencia es su religión: el Dios que puede salvar a los hombres. Pero su propia fe científica



lo convierten en un fanático y en un puritano. Enloquece y muere devorado por sus ideas... En cuanto a lo otro:

-Una vez estaba nadando junto con los pobladores de una de las islas del sur, cuando nos salió un tiburón. Era por fortuna un tiburón de arrecife, y no uno "tigre", que es más peligroso. Salí lo más rápido que pude del agua. Los demás, sin embargo, se quedaron ahí, sin que el tiburón les hiciera nada. Ellos respetan a los tiburones y los tiburones los respetan a ellos. Hay como una especie de acuerdo: no se matan los unos a los otros... ¿Pero por qué no matar al tiburón? "Porque no podemos comerlo. Está prohibido", me dijeron. Algo que me pareció interesante. ¿Y por qué está prohibido comerlo? "Nuestra religión lo prohíbe". ¿Qué religión? pregunté. "Somos adventistas del séptimo día". Eso, ¡en una isla perdida de Oceanía...! Otra pista para Millroy...

El escritor: un rehén

Paul Theroux, que habla con acento británico y que en ocasiones arrastra un poco –como si las pensara demasiado– sus palabras, sintió desde pequeño la necesidad de recorrer mundo. De sus primeras aventuras resalta la vez que, como miembro de los Cuerpos de Paz destacados en Malawi, se vio envuelto en un fallido golpe de Estado para derrocar al presidente-dictador de aquel país, Kamuzu Banda. Llevó a la frontera a la madre de uno de los organizadores del golpe y más tarde fungió como mensajero, llevándole una carta a uno de los líderes guerrilleros más temidos, Yatuta Chisiza. Se dedicó también a escribir artículos contra la guerra de Vietnam, hasta que el 20 de octubre de 1965, con un poco de ayuda de la embajada norteamericana, fue expulsado de Malawi y de los Cuerpos de Paz. Regresó a África a enseñar inglés en Uganda –donde conoce y hace amistad con el escritor V.S. Naipaul– y luego marcha a Singapur ("donde mi vida en serio



dio comienzo"). A Singapur le seguirían nuevos destinos y países, de los que escribiría en *The Great Railway Bazaar: By Train through Asia* (1975) y luego en *The Old Patagonian Express: By Train through the Americas* (1979), entre otros libros de viajes y de aventuras.

¿Algún consejo que le daría a alguien que desea escribir un libro de ese género?

-Sí. No escribir sobre cosas tales como me dio diarrea, tuve problemas con el visado o se me ponchó una llanta. No hay nada más aburrido en un libro de viajes que eso. A mí, por cierto, me dio pulmonía en Fidji...

¿Una vida interesante la suya?

-Menos interesante de lo que se imaginan. Los escritores somos como rehenes: pasamos encerrados mucho tiempo.

¿Qué opina de la película que hizo Weir de *La costa de los mosquitos*? Theroux no parece muy contento:

-La película estuvo bien pero tengo un problema: una novela, al llevarse al cine, deja de ser novela para convertirse en película. El autor desaparece. ¿*La costa de los mosquitos*? ¡Ah, sí, la película de Peter Weir! Así es siempre. Otro ejemplo: lo que le pasó al escritor australiano Thomas Kennealy, ganador hace algunos años del Booker Prize por *El arca de Schindler*. Nada magnífico, pero un buen libro. Vendió algunas copias y el libro se olvidó hasta que Steven Spielberg compró los derechos cinematográficos. Ahora la novela ha sido por completo ensombrecida por la película. Hasta el nombre le cambiaron: *La lista de Schindler*. Es decir, qué bueno que se haya hecho una película sobre este libro y sobre lo que pasó en el holocausto -algo sobre lo que siempre será necesario insistir y recordar-, pero *La lista de Schindler* ya no es *El arca de Schindler*; ahora es Liam Neeson, los Oscars, Spielberg y no Thomas Kennealy...

Este reportero alza la mano:



-Hablando de películas, leí que hace cosa de diez años usted estaba trabajando en el guión cinematográfico de una novela mexicana: *Las muertas*...

-Sí, sí, de Jorge Ibarguengoitia -se acuerda, aunque se atora un poco en la pronunciación del apellido.

-Entonces, ¿es cierto?

-Sí, sí, pero la película no se hizo...

-¿Cómo llegó a interesarse en esa novela?

-Encontré que se trataba de una obra extremadamente interesante. Magnífica novela, muy recomendable. El director Nicholas Roeg me pidió hacer la adaptación y yo acepté. Pero como muchas otras cosas en el cine, escribí el guión, se me pagó por ese trabajo y después la película quedó sin filmarse...

16 de marzo de 1994

Annie Proulx: el café frío y el Pulitzer

El amor sin dolor y sin miseria

De esta manera cuenta Annie Proulx, galardonada con el Pulitzer de ficción 1994, la manera como se enteró haber recibido este premio:

"Regresé a mi casa después de haber dado una vuelta y me encontré en la máquina contestadora con muchos recados. No pensé que fuera nada importante, así que en lugar de responder a las llamadas lo primero que hice fue prepararme un café. Le di el primer trago y sonó el teléfono. Era mi agente literario: '¿Dónde estabas?' me preguntó. 'Te he estado llame y llame para felicitarte'. ¿Por qué? 'Porque ganaste el Pulitzer'. Yo no podía creerlo. Sin embargo, apenas colgué, el teléfono estuvo suene y suene. Duran-



“**S**er periodista es realmente maravilloso”, afirma Gay Talese en este libro ♦ “Un día habla uno con un primer ministro, al siguiente con un gánster y al tercero con alguien al que se le quemó la casa ♦ Uno realmente adquiere un sentido de sí mismo y de la vida ♦ Yo no lo cambiaba por nada” u Igual opina Mauricio Carrera, quien ha entrevistado a premios Nobel como Czeslaw Milosz y Leon Lederman, a premios Pulitzer como Robert Olen Butler, a feministas como Gloria Steinem, a actores como Jean-Louis Barrault, a antropólogas como Biruté Galdikás, a músicos como Henryk Szering, a nuevos-periodistas como el propio Talese y a muchos y muy variados personajes que aparecen en *El demonio del arte*. El título hace alusión al poder creador –y por lo mismo rebelde– que caracteriza a la actividad artística e intelectual ♦ Mauricio Carrera (México, D.F., 1959) se inició en el periodismo en *Radio UNAM*, donde condujo los programas “Conversaciones” y “La extensión de la noticia” ♦ Ha publicado en periódicos y revistas tanto de México como del extranjero, entre ellos *La Opinión* (Los Angeles) y *Quimera* (Barcelona) ♦ Es licenciado en Periodismo y Comunicación Colectiva por la UNAM, donde ha sido profesor en la ENEP Aragón y en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales ♦ Es autor de *Las de cajón y otras preguntas* (UPN, 1992), donde reúne entrevistas con escritores nacionales y extranjeros ♦ En *El demonio del arte* se incluyen artículos realizados en París, en 1982, y en Seattle, a partir de 1991 y hasta la fecha. Estos artículos aparecieron en *Radio UNAM*, *El Nacional*, *El acordeón*, *Quimera*, *unomásuno* y *La Jornada*.



9 789682 982743



01